

Revista mensual de distribución gratuita • Año 1 No. 7 • Octubre 2008

Coyoacán se ve en...

# el Kiosco

• Lo mejor sucede en Coyoacán: México 2 de octubre del 68

• A 40 años del 68... Memoria ante la injusticia

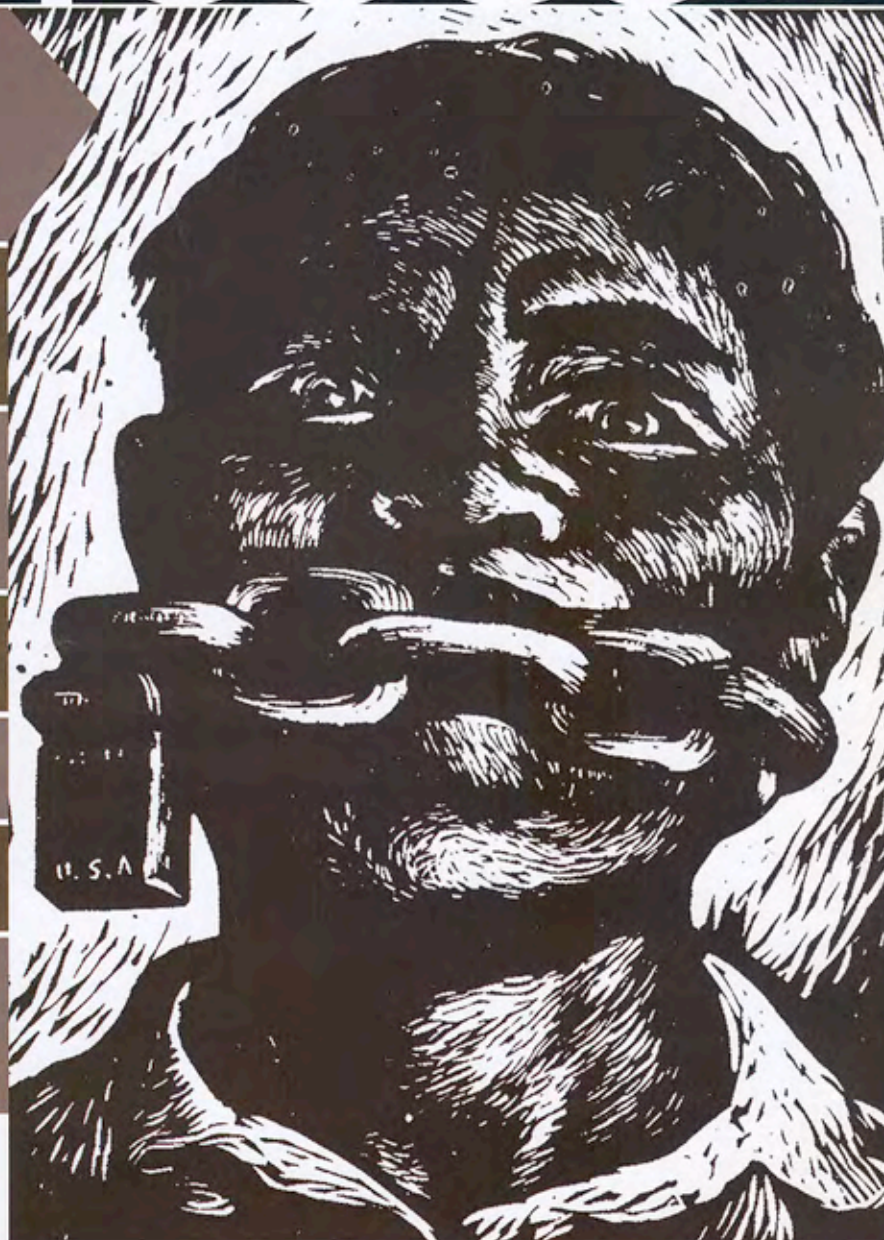
• La vigilancia y supervisión arqueológica en el centro de Coyoacán

• Entrevista al maestro Edmundo Aquino

• Las Plumas del Coyote

• Las primeras capillas de Coyoacán

Lo mejor de la cultura...  
**SUCEDE EN COYOACÁN**  
Emblema de la Ciudad



Artículo Publicado en la revista "Coyoacán se ve en ... el Kiosco"  
Octubre de 2008.

## LAS PRIMERAS CAPILLAS DE COYOACÁN

POR EL MTR. ALBERTO PERALTA DE LEGARRETA, VECINO DEL PUEBLO DE LA CANDELARIA CHINAMPAN  
FOTOGRAFÍAS 1 Y 2 DE CYNTHIA LONGORIA JUÁREZ, FOTOGRAFÍA 3 DEL MAESTRO CARLOS DAMIÁN

CAMINAR POR LAS CALLES Y CALLEJONES DEL ANTIGUO COYOACÁN NO SÓLO ES UN GUSTO QUE DEBERÍAMOS REGALARNOS MÁS SEGUIDO, SINO QUE TAMBIÉN NOS PUEDE LLEVAR A ALGUNO DE SUS PEQUEÑOS Y A VECES OLVIDADOS TEMPLOS, SITUADOS EN EL CORAZÓN DE SUS PUEBLOS Y BARRIOS TRADICIONALES. ESTOS VIEJOS EDIFICIOS HOY SE ENCUENTRAN ATRAPADOS POR LA URBANIZACIÓN MODERNA Y SÓLO SE MANTIENEN EN PIE A PESAR DE SU VENERABLE EDAD Y, EN OCASIONES, HASTA DE LA BUENA VOLUNTAD DE SUS FIELES, QUIENES EN EL AFÁN DE CONSERVARLOS O DE CONTAR CON ESPACIO MÁS GRANDE PARA EL CULTO, MUCHAS VECES TERMINARON MUTILÁNDOLOS E INCLUSO DEMOLIÉNDOLOS.

**S**in embargo, no es posible negar que Coyoacán conserva aún una buena parte de sus templos primitivos construidos, en su mayoría, en pueblos y barrios a finales del siglo XVI, aunque con el paso del tiempo fueron continuamente remodelados para adecuarlos a las nuevas necesidades de la población y de la fe católica con lo cual perdieron su aspecto original.

Recorrer hoy sus reducidas naves no sólo representa una oportunidad para gozar de sus espacios sagrados y de su paz, sino también para desenterrar, con la mirada, escondidos detalles que nos permiten asomarnos a su arquitectura y ornamentación originales. Esto aplica también para el templo parroquial de San Juan Bautista —en modo alguno pequeño— que al situarse en el centro de la demarcación, la Villa de Coyoacán, fungió como cabecera de pueblos y barrios, además de constituir un efectivo espacio para la evangelización de los indios.

Este templo-cabecera, que antiguamente contó con una planta basilical de tres naves, fue originalmente fundación franciscana y después fue administrado por la orden dominica. A pesar de múltiples y continuas alteraciones a su estructura, hoy conserva casi intacta su fachada de 1582, su arquería indocristiana, un complejo arco plateresco, una pila de agua bendita, el arco de entrada a la sacristía, coro y sotocoro, monasterio, capilla de patio y dos magníficos artesanados de madera estofada, todo del siglo XVI o principios del XVII. El templo perdió, en cambio, su enorme atrio, su huerto, el camposanto, el techo de madera (alfarje artesonado) y dos de sus naves.



Por otro lado, en los alrededores de la Villa de Coyoacán varios centros poblacionales se desarrollaron y pronto tuvieron la necesidad de construir sus propios templos. Esto sucedió desde épocas tempranas de la conquista espiritual, probablemente al mismo tiempo en que los misioneros les asignaron santos patronos y comenzaron a visitar esporádica o periódicamente los pueblos y barrios, apenas unas décadas después de la conquista bélica.

Fue así como se comenzaron a erigir las ermitas primitivas de Coyoacán, que en su mayor parte siguieron el exitoso esquema constructivo y devocional que representó esa genial aportación de los frailes a la arquitectura novohispana: la Capilla Abierta o “de patio”, como la llamó Fray Toribio de Benavente, Motolinía. Estas humildes y simples capillas aisladas contaron con un presbiterio elevado por gradas que generalmente estaba precedido por un amplio arco de piedra, que le servía tanto como elemento delimitador como de protector estructural, gracias a que permitía agregar un techo de viguería sobre el altar.

Estos edificios carecieron en su mayor parte de sacristía y pudieron contar con pequeñas habitaciones para el alojamiento temporal de los frailes además de un reducido atrio, no siempre delimitado, que pudo o no poseer cruz atrial. Sus paredes interiores, generalmente lisas y blancas, contaron con pintura mural en grisalla (trazos en blanco y negro) cuyos temas eran edificantes: vidas de santos y pasajes del Evangelio.

En posteriores remodelaciones, las capillas abiertas de Coyoacán fueron acondicionadas al culto, “cerrándolas” y permitiendo que los fieles entraran en ellas; para ello se les agregaron tres arcos frontales que sirvieron como entrada y se les construyeron torres-campanario. Ejemplos de esta modalidad arquitectónica fueron las hoy extintas Capillas de la Candelaria y de los Reyes, además de las muy modificadas pero aún en pie construidas en el Barrio del Niño Jesús, el Pueblo de San Francisco y el Barrio de Santa Catarina. Sólo ésta última, sin embargo, conserva sus tres arcos primitivos abiertos; la mayoría de las entradas laterales de los otros templos fueron tapiadas a partir del siglo XVIII.

Otra de las características que vale la pena destacar de las capillas abiertas y templos primitivos de Coyoacán es que fueron construidas sobre terrenos elevados y promontorios, en ocasiones sustituyendo a los antiguos Teocallis, y otras privilegiando la altitud para convertir al edificio y a la cruz en una especie de “faro” para los fieles que en ellas se reunían. Eso explica que tradicionalmente, y aún en la nomenclatura oficial de algunos de los barrios, los alrededores del templo cuenten con calles llamadas “Cerrito” o “del Cerrito” (La Candelaria, San Mateo Churubusco) o “Tepexpan” (“sobre el frente del cerro”), como en el Barrio del Niño Jesús y la Candelaria.



Otros templos elevados fueron el de San Francisco (que posee una magnífica pila bautismal de piedra prehispánica reutilizada, con mazorcas labradas) y el lamentablemente demolido de Santiago, en el actual Pueblo de los Reyes. Algunos otros, erigidos en terrenos bajos, privilegiaron la cercanía de las fuentes de agua que caracterizaron a Coyoahuacan (“En el lugar de los pozos o manantiales”), tal vez por su relación con el bautismo y la evangelización. Tal es el caso de la capilla abierta de Santa Catarina Omac, población situada “[entre] dos aguas”, el de San Sebastián Chimalistac (al lado de un canal o acalote) y el de San Lucas. No debemos dejar de lado la posibilidad de que en un lugar con tanta agua como lo fue Coyoacán, el culto prehispánico a deidades acuáticas hubiera encontrado continuidad en un santo que contaba también con poderes “acuáticos”, llamado San Juan Bautista.

Las capillas antiguas de Coyoacán, y aun los templos modernos que con una dosis de fe, piedad y búsqueda del prestigio sustituyeron a sus predecesores, son sin duda alguna una muestra del importante patrimonio histórico y cultural con el que cuenta nuestra Ciudad de México. La tarea es lanzarse a las callejuelas e ir a buscar en ellos sus secretos, su entrañable pasado, y por qué no, nuestra propia identidad. ■